

ROBERT BLOCH
PSICOSIS



Norman Bates, dueño de un apacible parador de carretera, recibe un día a una joven viajera cuyas palabras imprudentes causan una profunda conmoción en su vida extraña y solitaria; Bates, dominado por la presencia obsesiva de la figura materna, reacciona de modo inesperado: unos tragos de licor, una rendija en la pared, el rostro pintarrajeado de una anciana, una navaja de afeitar...

La narración, rápida y amena, se acelera de modo vertiginoso en los momentos de máximo suspense hasta introducir al lector en el laberíntico infierno interior de una personalidad profundamente esquizofrénica.

Psicosis, obra maestra del género de intriga, fue escogida por Hitchcock para servir de argumento a la célebre película del mismo título.

*El diez por ciento de este libro está
dedicado a Harry Altshuler, que hizo
el noventa por ciento del trabajo.*

CAPÍTULO I

Norman Bates oyó el ruido y se estremeció.

Era como si alguien estuviera golpeando los cristales de las ventanas.

Levantó la mirada, rápidamente, dispuesto casi a ponerse en pie, y el libro resbaló de sus manos para caer en su amplio regazo. Entonces comprendió que aquel ruido era tan sólo lluvia, la lluvia que caía al morir la tarde, cuyas gotas golpeaban la ventana de la salita.

No se había dado cuenta de la llegada de la lluvia, ni de la penumbra. Pero la salita estaba ya bastante a oscuras, y antes de proseguir su lectura alargó la mano para encender la lámpara de sobremesa.

Era una lámpara anticuada, con una pantalla adornada y lágrimas de cristal. Podía recordarla desde que tenía uso de razón, y su madre se negaba a desprenderse de ella. A Norman no le importaba; los cuarenta años de su vida habían transcurrido en aquella casa y era agradable y tranquilizador sentirse rodeado de cosas conocidas. Allí dentro todo estaba ordenado; los cambios sólo se producían en el exterior. Y la mayor parte de ellos llevaban en sí una amenaza en potencia. ¿Y si se le hubiera ocurrido pasar la tarde paseando, por ejemplo? Tal vez se hubiese encontrado en alguna solitaria carretera vecinal o incluso en los pantanos, cuando empezó a llover. Se habría calado hasta los huesos, y se hubiera visto obligado a regresar casi a ciegas a su casa, en la oscuridad. Y el enfriamiento que seguramente hu-

biera cogido le habría podido causar la muerte. Además, ¿a quién le gustaría estar fuera de casa, después de oscurecer? Era mucho más agradable encontrarse en la salita, leyendo un buen libro.

La luz alumbraba su cara regordeta, se reflejaba en sus gafas de lentes montados al aire, y bañaba su rosado cuero cabelludo bajo el escaso cabello rufo, cuando se inclinó para proseguir su lectura.

Era un libro realmente fascinante, y no debía extrañarle que no hubiese observado el rápido transcurso del tiempo. Norman jamás había encontrado parecida abundancia de curiosa información como en *The Realm of the Incas*, de Victor W. von Hagen. Por ejemplo, aquella descripción de la *cachua*, o danza de la victoria, en la que los guerreros formaban un gran círculo, moviéndose y retorciéndose como una culebra. Leyó:

«El redoble se efectuaba generalmente en lo que había sido el cuerpo de un enemigo; había sido desollado, esti-rándose el vientre para formar un tambor, y todo el cuerpo actuaba a modo de caja de resonancia, mientras los sonidos salían por la boca abierta; era algo grotesco, pero efectivo»^[1].

Norman sonrió permitiéndose después el lujo de un tranquilizador estremecimiento. *Grotesco pero efectivo...* Sí, debió haberlo sido. ¡Desollar un hombre —vivo, probablemente— y luego estirarle el vientre para utilizarlo como tambor! ¿Cómo lo harían para conservar la carne del cadáver, para evitar que se corrompiera? Y, además, ¿qué mente habría concebido semejante idea?

No era un pensamiento agradable, pero cuando Norman entornó los ojos casi pudo visualizar la escena: una multitud de guerreros pintarrajeados y desnudos, retorciéndose al unísono bajo un cielo salvaje y ardiente, y al viejo, sentado en cuclillas ante ellos, arrancando un inacabable ritmo del vientre hinchado y distendido de un cadáver, cuya boca se mantendría probablemente abierta fijándola con

grapas de hueso, para que pudiera salir por ella el sonido. Los golpes dados en el vientre repercutirían en los encogidos orificios interiores y surgirían, ampliados y con toda su fuerza, por la muerta garganta.

Por un momento Norman casi oyó el redoble (y entonces recordó que también la lluvia posee ritmo) y unos pasos...

En realidad, percibió los pasos antes de oírlos; un largo hábito venía en ayuda de sus sentidos cuando su madre entraba en la habitación. Ni siquiera tuvo que levantar la mirada para saber que estaba allí.

No miró, sino que fingió seguir leyendo. Su madre había estado durmiendo en su habitación, y Norman sabía lo malhumorada que solía estar al levantarse. Por tanto, lo mejor era no decir nada y confiar en que, por una vez, no estuviera de mal humor.

—¿Sabes qué hora es, Norman?

Norman suspiró y cerró el libro. Sabía que tendría dificultades con ella; aquella pregunta era un desafío. Había tenido que pasar frente al reloj del vestíbulo para ir a la salida y pudo ver fácilmente la hora.

Pero no lograría nada discutiendo. Norman consultó su reloj de pulsera y sonrió.

—Las cinco dadas —repuso—. No sabía que fuera tan tarde. Estaba leyendo...

—¿Crees que no tengo ojos? Ya veo lo que has estado haciendo. —Se acercó a la ventana y miró afuera, a la lluvia—. Y también veo lo que no has hecho. ¿Por qué no encendiste el rótulo al oscurecer? ¿Y por qué no estás en el despacho, como debieras?

—Empezó a llover muy fuerte y no creí que hubiera tránsito con este tiempo.

—¡Bah! Con ese tiempo es más probable tener huéspedes. A mucha gente no le gusta viajar cuando llueve.

—¡Pero si nadie viaja ya por esta carretera...! Todo el mundo utiliza la nueva.

Norman advirtió la amargura de su propia voz; le pareció sentirla en la garganta e intentó contenerla, pero por fin tuvo que librarse de ella.

—Ya te dije lo que sucedería, cuando nos dijeron confidencialmente que cambiaban el trazado de la carretera principal. Entonces hubieras podido vender el parador, antes de que la noticia fuera de dominio público. Hubiésemos podido comprar tierras a buen precio junto al nuevo trazado, y estaríamos también más cerca de Fairvale. Ahora podríamos tener un nuevo parador, una casa nueva y dinero. Pero no quisiste hacerme caso. Nunca prestas atención a lo que te digo. Siempre ha de ser lo que tú quieres y lo que tú piensas. ¡Me enfermas!

—¿Sí, muchacho?

La voz de su madre era falsamente suave; Norman no se dejó engañar. Tenía cuarenta años y le llamaba «muchacho»; y además le trataba como a tal y eso empeoraba las cosas. ¡Si al menos no tuviera que escucharla! Pero tenía que hacerlo, sabía que no podía rebelarse, que siempre tendría que escucharla.

—¿Sí, muchacho? —repitió aún con mayor dulzura—. Te enfermo, ¿eh? No, muchacho, no soy yo quien te enferma, sino tú mismo. Y ése es el verdadero motivo de que estés aún aquí, junto a una carretera secundaria. Nunca tuviste valor, ¿eh, muchacho? Nunca tuviste el valor de marchar de casa, de buscarte un trabajo o alistarte en el ejército o echarte novia...

—¡No me hubieses dejado!

—Eso es, Norman. No te hubiese dejado. Pero si tú hubieras sido un hombre de verdad, habrías hecho tu voluntad.

Norman quería gritarle que estaba equivocada, pero no pudo, porque las cosas que ella decía eran las mismas que él se había dicho, una y otra vez, en el transcurso de los años. Era cierto. Ella siempre le había dictado lo que tenía que hacer, pero eso no significaba que tuviera siempre que

obedecer. Las madres son a veces demasiado dominantes, pero no todos los hijos aceptan ese dominio. Había habido otras viudas, otros hijos únicos, pero entre todos ellos no habían existido semejantes relaciones. En realidad, también él tenía parte de culpa, porque carecía de arrestos.

—Podías haber insistido —decía ella—. Pudiste haber encontrado un nuevo lugar para nosotros y vender el parador. Pero te limitas a gemir. Y yo sé por qué. Nunca has podido engañarme. No lo hiciste porque, en realidad, no querías moverte de aquí. No querías abandonar este lugar, y nunca lo dejarás. No puedes hacerlo, del mismo modo que no puedes crecer.

No podía mirar a su madre, sobre todo cuando decía cosas semejantes. Y tampoco podía mirar a ninguna otra parte. De repente, la lámpara de sobremesa, todos los objetos de la habitación, tan familiares, le fueron odiosos, simplemente debido a su larga familiaridad con ellos. Eran como los muebles de un calabozo. Miró por la ventana, pero no le sirvió de nada, pues afuera sólo había viento, lluvia y oscuridad.

Se aferró al libro e intentó fijar su mirada en él. Tal vez si no le hacía caso y fingía calma...

Pero tampoco le sirvió de nada.

—¡Mírate! —decía su madre. (*El tambor redoblaba, ¡bum, bum, bum!*, y los sonidos vibraban al salir de su retorcida boca)—. De sobra sé por qué no te molestaste en encender el neón, y por qué no has abierto la oficina de recepción esta noche. No es que te hayas olvidado de hacerlo. Lo que ocurre es que no deseas que venga nadie, ningún automovilista.

—¡Está bien! —murmuró él—. Admito que odio tener que cuidarme de un parador; que siempre lo he odiado.

—No se trata simplemente de eso, muchacho. —(*Ahí estaba otra vez: ¡Muchacho, muchacho, muchacho!, sonando sordamente, como si saliera de la boca de la muerte*)—. Odias a la gente; y la odias porque la temes, ¿no es cierto?

Siempre te ha asustado, desde que eras niño. Prefieres acomodarte en un sillón y leer. Ya lo hacías hace treinta años, y lo sigues haciendo. Te escondes bajo las cubiertas de un libro.

—Podría hacer cosas mucho peores. Tú misma me lo has dicho siempre. Al menos, jamás me he metido en ningún lío. ¿No es preferible que eduque mi mente?

—¿Que eduques tu mente? ¡Bah!

Norman sentía su presencia detrás de él, sabía que lo miraba fijamente.

—¿Y a eso llamas educar tu mente? —prosiguió ella—. Es inútil que intentes engañarme. Nunca has podido hacerlo. No es como si leyeras la Biblia. Sé lo que lees. Basura. ¡Algo peor que la basura!

—Es una historia de la civilización de los incas...

—Y apuesto a que está llena de cosas maliciosas acerca de esos sucios salvajes, como aquel libro que tenías sobre los Mares del Sur. Creías que ignoraba la existencia de ese libro, ¿eh? Lo escondías en tu habitación, como los otros, como ocultas todas las porquerías que lees.

—La sicología no es ninguna porquería, madre.

—¡Lo llama sicología! ¡Mucho sabes tú de sicología! Nunca olvidaré aquel día en que me hablaste tan sucia-mente. ¡Pensar que un hijo puede acercarse a su madre para decirle semejantes cosas!

—Sólo intentaba explicarte algo. Es lo que se llama el complejo de Edipo, y pensé que si tú y yo podíamos hablar sensata y razonablemente de ese problema e intentábamos comprenderlo, tal vez las cosas mejoraran.

—¿Mejorar, muchacho? Nada tiene que cambiar ni mejorar. Puedes leer todos los libros que quieras. Seguirás siendo el mismo, a pesar de ello. No necesito escuchar una sarta de obscenas sandeces para saber lo que eres. Incluso un niño de ocho años podría comprenderlo. En realidad, todos tus compañeros de juego lo comprendieron, cuando

eras niño. Eras un niño pegado siempre a las faldas de su madre. Lo eras entonces, lo eres ahora y lo serás siempre.

Las palabras de su madre, secas como estampidos, le ensordecían. Se le atragantaron las viles palabras que le subían a la boca, y se dijo que un instante después lloraría. ¡Pensar que su propia madre pudiera estar haciéndole aquello, incluso entonces! Pero podía, y lo haría una y otra vez, a menos que...

—¿A menos qué?

¡Dios santo! ¿Era también capaz de leer sus pensamientos?

—Sé lo que estás pensando, Norman. Te conozco muy bien, muchacho; más de lo que imaginas. Estás pensando que te gustaría matarme, ¿eh? Pero no puedes, porque no tienes arrestos para hacerlo. Soy yo quien tiene la fuerza; siempre he tenido bastante para ambos. Por eso no te desharás nunca de mí, aunque quisieras hacerlo de verdad.

»Naturalmente, en lo más profundo de ti mismo no quieres hacerlo. Me necesitas, muchacho, ¿no es cierto?

Norman se puso en pie, lentamente. No estaba aún lo bastante seguro de sí mismo para volverse hacia ella y mirarla. Primero tenía que calmarse, y para ello no debía pensar en lo que su madre decía. Había que enfrentarse con aquella situación, y no olvidar. *Es una vieja y su cabeza no está muy equilibrada. Si sigo escuchándola cuando habla así, también yo acabaré mal de la cabeza. Le diré que vuelva a su habitación y que no salga de allí.*

Será preferible que se vaya rápidamente, pues, de lo contrario, la estrangularé con su propio cordón de plata...

Estaba volviéndose, abriendo la boca para dar forma a las frases, cuando sonó el zumbador.

Alguien acababa de llegar en coche al parador y pedía ser atendido.

Sin molestarse en mirar a su madre, Norman se dirigió al vestíbulo, cogió el impermeable de la percha y salió a la oscuridad.

CAPÍTULO II

Hacía ya varios minutos que llovía antes de que Mary lo advirtiera e hiciera funcionar los limpiaparabrisas. Al mismo tiempo, encendió los faros; había oscurecido de repente y la carretera era sólo una borrosa faja entre los altos árboles.

¿Árboles? No recordaba haber visto ninguna hilera de árboles la última vez que había recorrido aquella carretera en automóvil. Fue el verano anterior y había llegado a Fairvale en pleno día, descansada y despierta. Pero en aquellos momentos, después de dieciocho horas de conducir, estaba fatigada, aunque todavía podía recordar y comprender que algo estaba mal.

Recordar...

Ésa era la palabra clave. Aún podía recordar cómo había vacilado media hora antes, en la bifurcación. Eso era; había tomado la carretera equivocada. Y allí estaba entonces, sólo Dios sabía dónde, en medio de la lluvia y de la oscuridad cada vez más densa.

Tranquilízate. No debes asustarte. Lo peor ha pasado ya.

Era cierto, se dijo. Lo peor había pasado. Y lo peor había sucedido el día anterior, cuando robó el dinero.

Estaba en el despacho particular de Mr. Lowery cuando el viejo Tommy Cassidy sacó el abultado fajo de verdes billetes y lo dejó encima del escritorio. Treinta y seis billetes de banco con el retrato del hombre gordo con aspecto de tendero, y ocho más con la efigie del hombre que parecía

un empresario de pompas fúnebres. Pero el tendero era Grover Cleveland y el enterrador William McKinley. Y treinta y seis billetes de mil y ocho de quinientos sumaban cuarenta mil dólares.

Tommy Cassidy los había colocado sobre el escritorio con gesto displicente, mientras anunciaba que cerraba el trato y compraba la casa como regalo de bodas para su hija.

Mister Lowery fingió parecida indiferencia durante el tiempo empleado en la rutina de la firma de los documentos, pero se excitó un poco cuando el viejo Tommy Cassidy salió. Mr. Lowery recogió el dinero y lo colocó en un sobre, que cerró con goma. Mary observó que las manos le temblaban.

—Tome —le dijo, haciéndole entrega del dinero—. Llévelo al banco. Son casi las cuatro, pero estoy seguro de que Gilbert le permitirá ingresarlo. —Hizo una pausa y le miró fijamente—. ¿Qué le sucede, *miss Crane*? ¿No se encuentra bien?

Es posible que él hubiera observado cómo le temblaban las manos con que sostenía el sobre. Pero no importaba. Sabía lo que iba a decir, aunque no dejó de sorprenderse cuando lo hizo.

—Es una de mis jaquecas, Mr. Lowery. En realidad, iba a pedirle que me permitiera salir ahora. Ya he despachado la correspondencia, y hasta el lunes no podremos preparar los documentos de esta venta.

Mister Lowery le sonrió. Estaba de buen humor. El cinco por ciento de cuarenta mil dólares eran dos mil. Podía permitirse ser generoso.

—Naturalmente, *miss Crane*. Haga el ingreso y luego váyase a casa. ¿Quiere que la lleve en el coche?

—No, gracias. No es tan grave que no pueda conducir yo misma. Un poco de descanso...

—Es la mejor medicina. Hasta el lunes, pues. Y tómese-lo con calma. Es lo que siempre aconsejo.

Es lo que decía siempre a los demás, pero Lowery se hubiera dejado matar para ganar un dólar más, y estaba dispuesto a sacrificar a sus empleados, siempre que ello le reportara cincuenta centavos de beneficio.

Pero Mary Crane le sonrió con mucha dulzura, y salió de su oficina y de su vida... llevándose los cuarenta mil dólares.

Semejante oportunidad no todos los días se presenta. Y en realidad, parece ser que a mucha gente no se le presenta nunca.

Mary Crane había esperado la suya durante veintisiete años.

La oportunidad de ir al instituto se desvaneció a los diecisiete años, cuando su padre fue atropellado por un coche. Mary asistió entonces durante un año a una academia comercial, y luego se dispuso a sostener a su madre y a su hermana menor, Lila.

La oportunidad de casarse desapareció a los veintidós años, cuando Dale Belter ingresó en el ejército, para prestar el servicio militar. Poco después fue destinado a Hawai, y no transcurrió mucho tiempo antes de que empezara a hablar de cierta muchacha en sus cartas, que algo más tarde dejaron de recibirse. Y cuando Mary recibió por fin la noticia de la boda, no le importó demasiado.

Además, su madre se hallaba bastante enferma por aquel entonces. Tardó tres años en morir, mientras Lila permanecía interna en el colegio. Mary había insistido en que su hermana menor estudiara, a pesar de todo, pero eso significaba que toda la carga recaía sobre ella. Entre su trabajo en la Lowery Agency durante el día y la mitad de la noche sentada junto a su madre, no le quedaba tiempo para nada más.

Ni siquiera para advertir el transcurso de los años. Pero por fin su madre sufrió otro ataque; y tras el ajetreo del entierro, el regreso de Lila y ayudarle a encontrar un empleo, Mary Crane se dio cuenta de pronto de que volvía a tener

tiempo de mirarse al espejo, en el que vio reflejada una cara avejentada. Arrojó al espejo lo primero que encontró a mano, y se rompió en mil pedazos. Pero sabía en lo más profundo de su ser que también su vida se había roto.

Lila se portó maravillosamente e incluso Mr. Lowery la ayudó, encargándose de que la casa fuera vendida sin pérdida de tiempo. Cuando todo estuvo arreglado, las dos hermanas se hallaron en posesión de unos dos mil dólares en efectivo. Lila encontró un empleo en una tienda de música, y se trasladaron a un pequeño apartamento.

—Ahora debes tomarte unas vacaciones —le dijo Lila—; unas verdaderas vacaciones. ¡No discutas! Durante ocho años has soportado sola toda la carga de la familia y ya es hora de que descanses. Quiero que salgas de viaje; quizá un crucero por mar te sentaría bien.

Mary embarcó en el *S. S. Caledonia*, y después de una semana de navegar por el Caribe, el espejo de su camarote dejó de reflejar una cara avejentada. Volvía a parecer joven (no más de veintidós años, se dijo a sí misma), y, lo que era más importante, estaba enamorada.

No fue el amor apasionado que sintió por Dale Belter, ni tampoco el enamoramiento romántico que suele relacionarse con un viaje por los mares tropicales.

Sam Loomis tenía unos diez años más que Dale Belter, y era hombre reposado, pero ella le amaba. Le pareció que por fin volvía a ofrecérsele otra oportunidad, hasta que Sam le explicó algunas cosas.

—Casi podría decirse que mis vacaciones son un engaño —observó—. La ferretería...

Y entonces le contó la historia.

La ferretería se hallaba situada en una pequeña población llamada Fairvale, hacia el norte. Sam había trabajado en ella con su padre, en el bien entendido de que heredaría el negocio. Su padre murió un año antes.

Sam heredó el negocio, desde luego, pero también deudas por valor de veinte mil dólares. El edificio estaba hi-

potecado, así como las existencias e incluso la póliza de seguros. Su padre jamás le había hablado de su afición por las carreras de caballos. Y a Sam sólo le quedaban dos caminos: declararse en quiebra o trabajar para pagar las deudas.

Sam Loomis eligió trabajar y pagar.

—Es un buen negocio —explicó—. Nunca ganaré una fortuna con él, pero puede darme muy bien de ocho a diez mil dólares al año. Y si logro crédito para un buen surtido de maquinaria agrícola, tal vez gane aún más. Ya he pagado cuatro mil dólares. Confío en que dentro de dos años habré saldado todas las deudas.

—Pero lo que no comprendo es cómo puedes permitirte un viaje así, si tienes esas deudas.

Sam le sonrió.

—Lo gané en un concurso. Una de las casas fabricantes de maquinaria agrícola estableció un concurso de ventas. Yo no intentaba ganarlo, sino vender para pagar a los acreedores, cuando recibí la noticia de que había sido agraciado con el primer premio en mi territorio.

»Intenté que me dieran el importe del premio en efectivo, pero se negaron a ello. Los negocios son siempre flojos durante este mes, y como tengo un empleado en quien puedo confiar, pensé que bien podía tomarme unas vacaciones. Y aquí estoy. Y, por lo que es más importante, aquí estás tú. —Le sonrió, y suspirando—: ¡Ojalá fuera nuestra luna de miel!

—¿Y por qué no, Sam? Quiero decir...

Pero él volvió a suspirar y movió la cabeza.

—Tendremos que esperar. Quizá deban transcurrir todavía dos o tres años, hasta que todo esté pagado.

—¡No quiero esperar! No me importa el dinero. Podría dejar mi empleo, trabajar en tu tienda...

—¿Y dormir en ella, también, como yo? —Su sonrisa ya no era alegre—. Sí, en la tienda. Me he arreglado un dormitorio en la trastienda. La mayor parte del tiempo, mi comi-